



# La fascinación

por el lenguaje y la historia

Miguel Ángel Muñoz

*En nuestra época, el poeta ha de abrirse las venas por los demás,  
Por eso (...) me he entregado a lo dramático, que nos permite  
un contacto más directo con las masas.*

FEDERICO GARCÍA LORCA

“CUANDO UN ALMA SENSIBLE —dice Gaston Bachelard— y culta recuerda sus esfuerzos por trazar, según su propio destino intelectual, las grandes líneas de la Razón, cuando estudia, por medio de la memoria, la historia de su propia cultura, se da cuenta de que en la base de sus certidumbres íntimas queda aún el recuerdo.”<sup>1</sup> En esa memoria privilegiada murió hace más de una década y media Gutierre Tibón (Milán, 1905 - Cuernavaca, 1999), vástago de una familia de sabios medievales de España, los Tibónidas de Granada. Tibón provino de los Ibn Tibón, también llamados Iboní, una dinastía de médicos, sabios y traductores originarios de Granada, descendientes del fundador de la dinastía en el siglo XII, Yehuda Ben Saúl Ibn Tibón, quien se refugió en Provenza.

Al morir, Gutierre tenía 94 años y era uno de los estudiosos de México más brillantes y respetados. Su mirada, animada por la intensidad de la experiencia, sembró en cada palabra la perdurabilidad de los recuerdos. No ocultó su ironía al hablar de sí mismo o de los demás. Su amor por México y por la vida se suman a su pasión por la literatura. Tuvo el mundo en el alma y en los labios, fue un políglota con el espíritu multiplicado por los tantos idiomas que le transmitieron los espíritus de otros pueblos, desde el alemán, griego, latín, inglés, francés, hasta el náhuatl, y debido a ello era un caleidoscopio de ideas que le dieron personalidad de sabio y de poeta. Nació en Milán, se educó en Suiza y publicó su primera monografía *Il Monte Bre*, en Basilea, a la edad de quince años. De 1922 a 1939 viajó por toda Europa, así como por el sur de Asia, Oceanía (y Úbeda), África y el norte de América Latina, que le descubrieron infinidad de territorios desconocidos, no sólo para él, sino también para sus ojos lectores. En Ginebra, Isidro Fabela le aconsejó establecerse en México, donde encontraría un amplio campo para sus inquietudes de investigador. Así, desembarcó en Veracruz a principios de 1940 para iniciar en su patria electiva su intensa labor consignada en diversos libros.

Dice Tibón:

Siempre hay la posibilidad de ver el lado chusco de las cosas y de la vida misma. Hay gente impenetrable al sentido del humor, pero México tiene un pueblo que constantemente inventa frases ingeniosas, como las de los camiones o los hombres de las pulquerías en algún tiempo, que demuestran la inteligencia e ironía de nuestro pueblo.

<sup>1</sup> Bachelard, Gaston, *La intuición del instante*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, p. 7.

Entonces, desde que llegué a México en 1940 he tratado de realizar mis libros con un sabor mexicano y no de un italiano que se preocupa por las cosas tan ricas y maravillosas que existen (...).<sup>2</sup>

En una lógica certera y atrevida, hay que decir que nadie exige del historiador, antropólogo, crítico de arte o arqueólogo que sea infalible, ni siquiera inmutable, sino lo contrario: versatilidad, criterio y grandes dosis de cultura humanística, que son, de alguna forma, requisito indispensable para un excelente relato histórico. En definitiva, un ejercicio disciplinado y riguroso de curiosidad histórica y discernimiento narrativo. Estas fueron las virtudes que significaron la actividad intelectual de Tibón, pero a partir de un criterio, ahora sí, irrepetible: la claridad y legibilidad expositivas. Es decir, el investigador e historiador aspiró a entramar un relato histórico asequible y vivo para el lector formado. La erudición suficiente y equilibradas dosis de amenidad, intriga y argumentación dan vida y gesto a cada uno de sus libros. Un maestro indiscutido, en suma, al que han admirado cientos de lectores no sólo en sus libros, sino también en su columna “Gog y Magog”, publicada durante casi cuarenta años en el periódico *Excelsior*, en sus “Diálogos radiofónicos” en la XEW y en los programas de televisión al lado de Luis Spota.

No fue un erudito acético ni un beligerante intérprete de tendencias históricas en uso. Entendió la Historia dentro de los límites de una tradición occidental de la que se absorbe los argumentos y la metodología. La pasión y el conocimiento erudito llevaron a Tibón a explorar no sólo cada rincón del mundo, sino en especial, los pequeños rincones de México, donde encontró muchos objetos de estudio. Para Tibón, el investigador es un creador de imágenes, y esas imágenes tienen una historia condensada a lo largo del tiempo. Su gran enseñanza se resuelve en el aprendizaje de la crítica, de

la memoria. El historiador propone distintos ángulos de visión que la tradición convierte en una mirada definida para un tiempo histórico determinado. La historia es así una propuesta de realidad verosímil y la verosimilitud la perfila el tiempo. La investigación, el descubrimiento de fuentes y la “certeza” es lo que hace enriquecer el discurso de un historiador. Para Tibón, el historiador ensaya soluciones desde y en una vieja tradición que también es doble; como él mismo explica en sus escritos, su experiencia está hecha del pasado, de la experiencia cotidiana y de su pasión indiscutible por la lectura.

Gutierre Tibón observó, descubrió, interrogó y abrió un puente entre la historia, la ciencia, la lingüística y la filología. Descubrió el asombro perpetuo al encontrar nuevos caminos, cambios y acertijos. Su obra escrita, tensa, directa y sin condescendencias retóricas, mereció reconocimiento nacional e internacional. “Lo primero que atrae —dice Agustín Yáñez— la atención de las obras de Gutierre Tibón, es el conjunto de recursos, invisibles, con que logra sostener la amenidad al tratar temas de naturaleza difícil. El novelista esencial que alimenta a Gutierre Tibón ha dispuesto la sabiduría en cuestiones arduas al alcance del más elemental interés, al lector menos interesado en temas históricos o filológicos, hasta poner en el acento una vibración pasional y dejar en el curioso desaprensivo un rico caudal de conocimientos y de inquietudes.”<sup>3</sup>

Tibón marcó un camino a seguir como pocos lo han hecho durante la segunda mitad del siglo xx. Siempre más interesado por las ideas que por las teorías, jugó un papel primordial en la introducción de enfoques de gran novedad e interés historiográfico, y supo evitar los excesos de tanta historia escrita al calor de la crisis y la moda, que para bien y para mal, ha sacudido a la disciplina en las últimas tres décadas.

<sup>2</sup> Muñoz, Miguel Ángel, *Entrevista con Gutierre Tibón*, *Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, México, Marzo, 2002. Núm. 375, pp. 27 y 28.

<sup>3</sup> Yáñez, Agustín, *Gutierre Tibón*, *Revista Occidente*, México, Junio, 1945.

En 1930 concibe la novedosa máquina de escribir portátil, convence a la empresa suiza E. Paillard & Cie de producirla y en 1932 crea la *Hermes Baby*, la máquina de escribir portátil más pequeña del mundo; en 1946 fue electo académico de número por la Academia Mexicana de Genealogía y Heráldica; en 1949 ganó la cátedra de filología comparada y alfabetología en la Universidad Nacional Autónoma de México; en 1958 fue nombrado académico de número por la Academia Nacional de Ciencias y, en 1992, académico honorario de la Academia Mexicana de la Lengua. Entre los múltiples reconocimientos que recibió destacan: la Cruz al Mérito de la República Austriaca, en 1959; el Premio Internacional Alfonso Reyes, en 1988; Gran Oficial de la Orden al Mérito de la República Italiana, 1991 y la Medalla Ignacio Manuel Altamirano en 1999 (póstuma), entre muchos otros. Sin olvidar que en 1962 funda y publica los tres primeros tomos de la *Enciclopedia de México*.

Gutierre Tibón era singular y apreciado de forma unánime por su agudeza inquisitiva. Bien dice el historiador francés Jacques Soustelle sobre Tibón que “con su erudición casi ilimitada de humanista curioso de todas las cosas, añade una nueva dimensión a todo lo que ha podido ser dicho o escrito sobre la historia del nombre de México, que ya había tentado la sagacidad de espíritus tales como Hermann Beyer y Alfonso Caso. Recurriendo a la etimología y a la lingüística comparativa, a la geografía y a la cosmología, Tibón hace surgir México-Tenochtitlán de esa palabra y ese giflo, por olas sucesivas, todo un universo: el mundo encantado del pensamiento indígena.”<sup>4</sup>

Es justamente por eso que la historia del pasado conserva para Tibón una fascinación extraordinaria, pues la soledad histórica es imposible por estar poblada de fantasmas. Cada uno de sus libros ha supuesto una

variación certera en torno al tema fundamental de la fluctuante relación entre la historia y la sociedad que la produce, sostiene, niega o disimula de formas diversas. Su colosal obra, y a la vez su más acerada contribución, *Historia del nombre y de la fundación de México* (1975), y desde luego, sus aportaciones en libros como *Pinotepa Nacional. Mixtecos, negros y triques* (1961); *Diccionario etimológico comparado de los apellidos españoles, hispanoamericanos y filipinos* (1988), *Prehistoria del alfabeto* (1956) o la *La ciudad de los hongos alucinantes* (1983) son hallazgos del investigador difíciles de disolver en la “prosa del tiempo”.

En todos estos temas delineó nuevas tendencias para la indagación crítica, recorridas después por un consolidado sector de la investigación en historia de las culturas y la lingüística. En momentos, la imaginación y la curiosidad de Tibón están gobernadas por el deseo de una sustancia de fluida sabiduría, de un asombro constante, que surca y depura en sus textos. En la *La ciudad de los hongos alucinantes* —cuyo registro fotográfico es de Walter Reuter—, Gutierre Tibón cuenta cómo llegó a la sierra mazateca en 1956, atraído por la existencia de un cierto lenguaje silbado entre los mazatecos, y al cabo de los años y de visitas ocasionales, recopiló una amplia información que reunió años después en su libro. En el capítulo “María Sabina, micología y mitología”, Tibón recuerda, breve, pero intensamente, su experiencia en la única velada que tuvo con María Sabina en esos años:

Tuve la suerte de ser el primero que escribió sobre esta mujer humilde y maravillosa. En 1956, hace diecinueve años, su nombre figuró en letras de molde en la página editorial de un diario de México. Después de una velada en la oscuridad —durante la cual María Sabina, atraída telepáticamente por mi angustia, me dio consuelo y me reintegró al calor de la vida— tengo con ella un lazo afectivo que no vacilo en llamar filial. No pude nunca hablar con ella porque desconoce el castellano; pero la mañana después de la velada subí hasta su choza —una hora de subida empinada desde Huautla— para besar su mano y mojarla con incontenibles lágrimas (esta actitud mía hacia María Sabina, que persiste en el recuerdo pese

<sup>4</sup> Soustelle, Jacques, “Prólogo” en *Historia del nombre y de la fundación de México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1980.



a los años transcurridos, no obedece a mi raciocinio habitual, sino a la perturbación emocional provocada por los hongos).<sup>5</sup>

Gutierre Tibón se interrogó acerca de los entornos y de sus secretos, cualquiera que sea su entidad y carácter, y les dio forma para que sus lectores los descubrieran. Atmósferas rurales, paisajísticas, antropológicas, filológicas. Dentro de estos ejercicios históricos, se producen cruces y desilusiones. Tibón demarca el espacio eludido, dentro de él todo es aprendizaje y reflexión. Ese pequeño efecto de vastedad envuelve finalmente cada uno de sus libros, fruto de la experiencia intensa y desolada de la intimidad.

Tibón dejó sus trabajos abiertos a continuas interpretaciones liberadas de formalismos rígidos, esteticismos de todo orden o juegos de retórica, de manera que cada libro se convierte en un genuino juego intelectual entre las partes de un todo. No hay un investigador o lingüista que haya identificado un recorrido tan estrechamente entrelazado con los cambios históricos de México. El desmoronamiento de las culturas populares, los cambios regionales y la pérdida de identidad de los pueblos antiguos han sido intensamente vaticinados en la biografía y trabajos de Tibón. Su realismo escéptico, capaz de reconocer el carácter frágil de las invenciones y conquistas de la humanidad, constituye un medio primordial de su búsqueda de identificación, mediante la historia, la antropología y la lingüística. Sus libros y artículos periodísticos son, sin duda, laboratorios de ideas, lugares de reflexión y pesquisa, espacios dónde cuestionar y confrontar las convenciones de lo que llamamos Historia.

Desde su llegada a México, en 1940, Tibón se consagró por completo a la investigación científica y, desde

luego, a la difusión de la cultura mexicana, antigua y contemporánea. Su relación constante con el historiador francés Jacques Soustelle le ayudó a afilar un utillaje crítico siempre más formalista que descriptivo. México le descubrió las múltiples miradas de cada rincón del país, el respeto y rescate de cada tradición.

“Durante muchos años —decía Tibón— descubrí el mundo de sensaciones que me avasalló al viajar por México, alternar con gente nueva, atisbar todo con ojos nuevos. Tengo el don del asombro que siempre se renueva; a veces logro atar cabos sueltos que me permiten penetrar más hondamente en los secretos del pasado. Amo el universo que me rodea y a mi prójimo, máxime a la gente humilde y a los seres pensantes que encuentro en mi camino”.<sup>6</sup>

Pero resulta todavía más decisiva la conversión del historiador al divulgador, entendido como la norma de comprender la historia y su complejidad; es decir, forjada desde el tiempo de la narración popular y distanciada del referencialismo histórico tradicional. Sus libros *Pinotepa Nacional* y *Olinalá* constituyen sus primeras apuestas fuertes al rescatar la historia y tradiciones de dos pueblos mexicanos. Ciencia, arte, religión, procedimientos políticos y sociales que se proyectan desde México y sus rincones, son un conjunto para Tibón, diferentes, nuevos, en una palabra, propios del ser mexicano y de sus habitantes, los “americanos criollos”, como le gustaba llamarlos.

El afán nacionalista de Tibón no es resultado de un capricho individual, sino la consecuencia histórica de un proceso de integración que se dio al poner en contacto dos culturas diferentes: Occidente y América, en el que los vencedores marcaron la visión histórica; no obstante, Tibón luchó contra las formas anquilosadas de la concepción del mundo, de la historia y de

<sup>5</sup> Tibón, Gutierre, *La ciudad de los hongos alucinógenos*, Editorial Panorama, México, 1985, p. 159.

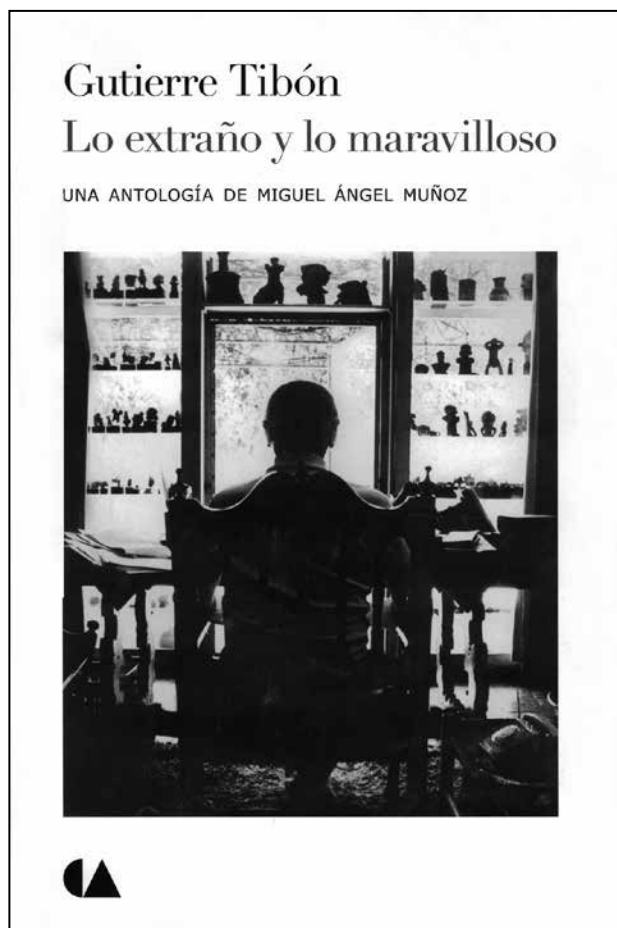
<sup>6</sup> Muñoz, Miguel Ángel, *Gutierre Tibón. Lo extraño y lo maravilloso*, Dirección General de Publicaciones, Conaculta, México, 2009.

la ciencia. Tibón hizo suya una frase de Italo Calvino: “espero que mis lectores descubran en mis libros algo desconocido para mí, aunque sólo puedo esperarlo de aquellos deseosos de leer algo que sea también desconocido para ellos”. Ese es uno de los desafíos que supo atrapar con lucidez, pues la mirada de Tibón es penetrante, difícilmente clasificable por su fuerza personal y su intransferible manera de captar las realidades más diversas. Así pudo conjugar la historia, la literatura, la filología y las tradiciones orales para configurar un panorama crítico de la vida cotidiana, cultural y social de un México todavía desconocido. Tibón configuró una investigación “antropológica” en las primeras décadas del siglo xx, que aun sigue conmoviéndonos y despertando las preguntas de una razón siempre insuficiente ante las cuestiones de pobreza extrema, de inseguridad social, de falta de educación, y desde luego, de la falta de atención a las comunidades indígenas, que sigue siendo un lastre para la historia de México.

Quizá convenga apelar con modestia a una persistente tradición moderna que arranca de la crítica histórica del pasado, de sus modos de orientación escrita y representativa, que propone una nueva fundamentación imaginativa basada en el único principio que escapa a la crítica, puesto que se confunde con ella: el cambio, la historia. Una historia negativa —por llamarla de algún modo— que vaya más allá del imaginario y se instale en la pluralidad normativa para establecer una relación de diálogo con aquellos modelos formales todavía capaces de generar respuestas históricas activas.

Frente a las tentativas anacrónicas de repetir las formas culturales del pasado, con mayor o menor astucia, Walter Benjamin sugería que “la historia debe trabajar con los materiales de que dispone”, y hablaba en plena crisis de Weimar, cuando la cultura de masas empezaba a desdibujar el egoísmo estético romántico.

¿Una cultura al margen de la historia? Tampoco es eso. Creer en la historia significa apostar por la creatividad y la innovación, un buen desafío para



nuestra sensibilidad tal vez un poco abrumada de memoria. Es imprescindible releer algunos de los libros, ensayos, textos periodísticos, crónicas y reportajes de Gutierre Tibón —celoso guardián de la integridad de la memoria mexicana, de un pasado que hemos poco a poco recuperado— que tanta historia y memoria logran rescatar para preservar el pasado mexicano, que hoy día tanta falta nos hace. Gutierre Tibón nos exige que nos mantengamos atentos a las lecciones del pasado y a los enigmas del presente. Un personaje, pues, de excepción, duro, difícil de entender y redescubrir sus temas de investigación, pero que supo siempre mantener la ilusión por lo que él llamaba el desafío de “descubrir” temas únicos en la historiografía contemporánea. **▲**